

PHILIPPE PETIT

ASALTAR

LOS

CIELOS

POR ANTONIO LOZANO



Petit, durante su camino
entre las Torres Gemelas,
el 7 de agosto de 1974.

Frente a la pregunta de qué lo impulsaba a la insensatez de pretender coronar una montaña hasta el momento inaccesible, la cual se había cobrado varios muertos, por qué demonios imponerse el castigo físico y psicológico, las penalidades y sufrimientos derivados de querer encimar 8.848 metros, el escalador británico George Mallory declaró a un periodista neoyorquino en 1923 –uno antes de perder la vida en el intento junto a su compatriota Andrew Irvine–: “Porque está ahí”. Cuando a Philippe Petit (Nemours, 1949) le preguntaron qué le había conducido, el 7 de agosto de 1974, a realizar ocho trayectos entre las Torres Gemelas, sobre un cable de 200 kilos y sosteniendo una pértiga de ocho metros de largo y 25 kilos de peso de fabricación casera, desafiando a una caída de 400 metros, a unas condiciones climatológicas adversas y a la posibilidad de ir a la cárcel, contestó espontáneamente que era el deseo de que “la gente volviera a mirar al cielo”.

Sin embargo, con el transcurso de los años, ante la obsesiva reiteración de la cuestión “¿por qué? ¿por qué? ¿por qué?”, Petit acabó tomando prestado el célebre comentario del malogrado alpinista. Incapaz de zafarse de un interrogante que lo persigue como su sombra, en su encuentro con *Esquire* justifica su sintonía con Mallory apuntando que “las torres me llamaron, no tuve elección. Desde el momento en que, seis años antes de cruzarlas, leí acerca de su construcción en un periódico mientras aguardaba mi turno en la sala de espera de un dentista, supe que ahí estaba el arranque de la ambiciosa carrera como funambulista que se desplegaba dentro de mi cabeza”.

La cita es en el Hotel Bowery de Nueva York –profusión de diseño art déco y dinero a espuestas transpirando de todos los reunidos en un lobby de luces tenues y predominio del cuero y la madera noble–, en medio de una fiebre promocional a las puertas de estrenarse la película *The Walk* [estreno en España el 4 de diciembre] con la que Robert Zemeckis rinde tributo a su hazaña –partiendo del libro *El Desafío*, que edita en España la editorial Duomo– con toda la artillería digital. Más de cuarenta años después de su ejecución, entre las 7 y las 7:45 de una mañana nublada ante la estupefacción de viandantes, oficinistas y policías (inseguros acerca de si aplaudir o intervenir), el bautizado como “crimen artístico del siglo” sigue cautivando el imaginario colectivo e inspirando análisis y recreaciones. Paul Auster compuso una semblanza de Petit en su libro *The Art of Hunger* (1992) cuando ni la fama, ni el éxito, ni las sirenas de Hollywood llamaban a su puerta y sólo era otro loco del pelo rojo, un artista callejero, un joven con sueños demenciales. Colum McCann dedicó el arranque de su novela *Que el vasto mundo siga girando* (National Book Award, 2009) a su vertiginosa proeza, registrando con una mirada cargada de sensibilidad y matices la combinación de asombro y confusión, arrobamiento y angustia, que se apoderó de los testigos. Y si el documental *Man on Wire* de John Marsh adoptó hechuras de *thriller* para hablar de su planificación –no en vano a su protagonista le gusta referirse al evento como “*le coup*” (el golpe)–, ahora la superproducción aspira, por encima de todo, a que el espectador se sitúe lo más cerca posible de las sensaciones y el punto de vista del funambulista (experiencia amplificada obviamente con la versión en 3D para Imax, que en los primeros días del estreno del filme ya puso en circulación, no queda claro si como estrategia de venta, el rumor de algún que otro caso de mareo y vértigo que forzó el abandono de la sala).

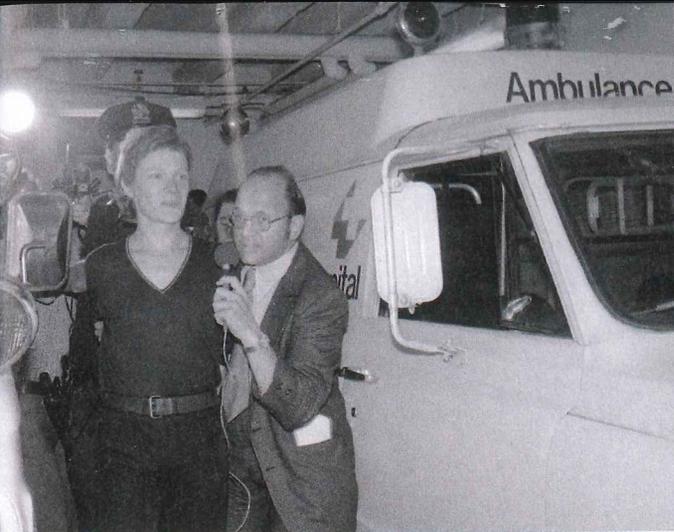
“En mi corazón no había lugar para el miedo, aunque el marco pudiera resultar terrorífico”, rememora Petit frente a un vaso de agua, cara de duende, pelo hirsuto de color zanahoria, ojillos vivos y

claros, gesticulador nato, vehemencia en el tono, atuendo deportivo con un chaleco negro de cuero que no acaba de armonizar con el conjunto. “El vacío era tan voraz que prácticamente suponía una agresión, pero tuve que expulsarlo de mi interior porque, de lo contrario, el terror me hubiera paralizado. Tan pronto comprobé que el cable estaba en mejores condiciones de lo que había imaginado, me inundó la pasión y la alegría, sonrei”.

Aunque el reto llevaba seis años planificándose y ensayándose con una tropa de colaboradores, la técnica mental para afrontarlo distaba de ser la ideal. Aquel Philippe Petit, que evitó que se presentaran cargos en su contra a cambio de realizar una exhibición para niños en Central Park, y que acababa de entrar en la Historia, contaba apenas con 24 años. Se encontraba al principio de su carrera y, al poner un pie sobre el alambre, bloqueaba todo lo que le circundaba, una decisión peligrosa por cuanto ahí arriba, suspendido sobre la nada, uno debe ser consciente de todo, tener los cinco sentidos funcionando a pleno rendimiento. Con el tiempo, asegura Petit, fue desarrollando y puliendo un estado de concentración único, paradójico e incluso, mediante el cual es capaz de volcar su atención en el alambre sin dejar de absorber el conjunto de estímulos externos.

El inventor y escritor de ciencia ficción Arthur C. Clarke declaró que “cualquier tecnología suficientemente avanzada es indistinguible de la magia”. De forma parecida, todo acto humano que parece cuestionar los límites de nuestra especie contiene algo de sobrenatural. No es casual que la magia fuera precisamente el primer amor de Petit: la descubrió a los seis años en el escaparate de una tienda que vendía un maletín de mago que prometía un sinfín de trucos. A los 14 su interés viró hacia los malabarismos y a los 16, mientras contemplaba extasiado un número de funambulismo en un circo, se le reveló el por qué de su fijación por escalarlo todo y tender cuerdas entre los árboles: había nacido para imitar a ese individuo que se reía de la fuerza de la gravedad. Sin embargo, la filosofía que lo propulsa no puede distar más de la que tradicionalmente se ha cultivado bajo una carpa. “No heredé la forma de entender el funambulismo que se tiene en los circos, me propuse reinventarla tomado la dirección opuesta. A título personal, me seduce la simplicidad y la belleza, no el peligro, el dramatismo ni la parafernalia. El circo enfatiza la dificultad y la técnica, mientras que yo aspiro a que estas desaparezcan de la mirada del público. Mi idea es crear la ilusión de que ni siquiera existe el cable, de que floto en el aire. Y esto sólo se consigue con un espíritu perfeccionista”. Este afán de superación explica que siga practicando tres horas diarias, cinco días a la semana, y que aún se sorprenda “descubriendo mejoras como, por ejemplo, un ligero movimiento más fluido. Los entrenamientos son un laboratorio, una exploración constante de mi arte”.

El término “arte” ya ha asomado varias veces a lo largo de la conversación, alimentando las tesis de quienes ven en Petit a un individuo grandilocuente y con arranques napoleónicos. ¿Se puede calificar como tal lo que lleva a cabo? El implicado, que para otros no peca tanto de soberbia como de mal carácter, vicios que no se proyectan durante esta entrevista (aunque sí una evidente seguridad en sí mismo) no alberga la menor duda. “Creo que el funambulismo es un arte vivo, que respira de gran pureza, una suerte de teatro entre las nubes donde por único escenario existe un cable”, apunta con entusiasmo y alzando los brazos en pose de obispo. No cabe duda de que él es el principal embajador de sus méritos, encabezando toda una corriente que ha tendido a buscar paralelismos entre su especialidad y la poesía, llevando con frecuencia las metáforas y los símiles demasiado lejos, hasta el borde mismo de la cursilería. En la obra *El Desafío*, que es la muy detallada y amena crónica de la hazaña con fotografías, dibujos y planos, no puede evitar algún que otro arranque lírico/mesiánico del tipo: “Suspendido entre lo tangible y lo efímero, me asalta la pregunta: ¿habrá alguien, aparte



"CON FRECUENCIA ME PRESENTAN COMO UN HOMBRE CORAJUDO, PERO YO NO ME RECONOZCO EN ABSOLUTO EN ÉL. SI MUESTRO CORAJE ES EN UN SENTIDO INTELECTUAL, POR LUCHAR DE CARA A CONSEGUIR QUE MIS IDEAS SE HAGAN REALIDAD"

de este ser vivo bicéfalo –mitad ingeniero, mitad poeta–, dispuesto a encadenarse voluntariamente a una empresa de tal magnitud? Soy prisionero de mi sueño”.

Sin embargo, Petit también es capaz de brindar señales de modestia, como cuando sale a colación el tema del valor. “Con frecuencia me presentan como un hombre corajudo, pero yo no me reconozco en absoluto en él. Si nuestro coraje es en un sentido intelectual, por luchar de cara a conseguir que mis ideas se hagan realidad. Si el gozo de desafiar al vacío acaba resultando más fuerte que el miedo, se debe a que me preparo a conciencia. Elimino una a una las variables que podrían hacer penetrar la duda y las sorpresas; en definitiva, el temor. Soy el diseñador y el ingeniero de cada uno de los detalles de mis actuaciones. Me encargo personalmente de todos los cálculos necesarios, de revisar los equipos, de confeccionar las maquetas del lugar, de estudiar las condiciones climatológicas... y ensayo, ensayo y ensayo. El tiempo mínimo de preparación ha sido de tres semanas y el máximo, de tres meses. Además, soy muy consciente de mis límites”.

El año pasado Philippe Petit conmemoró los cuarenta años de sus paseos elevados por el World Trade Center –sobre cuya demolición a resultas del 11-S prefiere no hablar aduciendo que es algo demasiado personal– con una actuación en un parque de Long Island, sobrevolando estatuas y un lago de nenúfares. La altura no llegaba a los diez metros, pero por lo demás se reproducían las condiciones de aquella histórica mañana de agosto: la longitud, el cable, la ropa, la máquina de tensado y anclaje... Esta vez los espectadores pudieron apreciar la expresión de su rostro, la precisión de sus movimientos. Contra el riesgo de quedar asociado exclusivamente a ese día de 1974, el artista recalca que ha protagonizado otras funciones únicas, tanto espectaculares como modestas que, a su entender, encierran un mérito y una relevancia similares. El paseo más largo y dificultoso fue el completado en 1989 entre la Torre Eiffel y la Plaza del Trocadero, con Jacques Chirac presidiendo una fiesta al aire libre con motivo del 200º aniversario de la Revolución Francesa a la que asistieron 250.000 personas. Tres décadas antes, el objeto de este baño de masas había acabado en un calabozo de París por haber cruzado de una torre otra la catedral Notre Dame, mientras dentro del templo se invertía a un grupo de obispos.

A los 66 años asegura que, al no menguar la ilusión ni hallarse mermadas sus condiciones físicas, baraja multitud de proyectos de diversa escala. “Los que surgen por medio de una invitación resultan sencillos de materializar ya que quienes me contratan se

encargan de financiarlos y de organizar los detalles, pero cuando la cosa parte de una idea mía, sólo recaudar el dinero y solicitar los permisos supone una pesadilla. El que más me estimula entre los potenciales es uno en la isla de Pascua, al que llevo años dándole vueltas y trabajando codo con codo con un amigo que vive ahí y que me envía fotos, videos y libros para estudiar el tema. La atmósfera magnética generada por los moais y la población rapanui lo convertiría en una experiencia alucinante”. Si la magia que lo sedujo de niño fuera real o si, cuanto menos, pudiera ponerse a las órdenes de Zemeckis para que la tecnología le permitiera acometer lo imposible dentro de los confines de un estudio de Hollywood, Petit se quedaría con la fantasía de cruzar del pico de un iceberg a otro, a ser posible bajo una intensa nevada y con un puñado de osos polares como único público.

Pero su vida, en la que asegura que no ha habido vacaciones o que han sido unas vacaciones perennes dado que el placer y el trabajo siempre han ido de la mano, ha sido mucho más que subirse a un cable a hacer equilibrios. Philippe Petit ha practicado la equitación y la esgrima, el dibujo y la escritura (su bibliografía alcanza una veintena de títulos), la escalada y el toreo. Asimismo, es un carpintero tan experto que llegó a levantar con sus propias manos el granero en la residencia de los Catskills donde reside y en la que erigió una especie de santuario a aquellos artistas que más le han inspirado: Marlon Brando, Buster Keaton, el ventrílocuo Wenceslao Moreno, Werner Herzog y el malabarista Francis Bunn. Desde 1980 posee un despacho en la catedral Saint John de Divine de Nueva York en calidad de *artist in residence*, donde almacena sus maquetas, dibujos y trajes, al tiempo que fragua sus actuaciones, escribe sus libros y prepara las charlas y talleres que ofrece por medio mundo. Petit asegura que no piensa en la posteridad y que se daría por satisfecho con ser recordado como alguien que buscó que el funambulismo se considerara un arte a través únicamente de la sencillez. Si existe el cielo no cabe imaginar nadie que vaya a sentirse más cómodo una vez muerto, ya que comenta que “no se me da muy bien vivir a ras de tierra: me tropiezo con frecuencia, me hago esguinces y torceduras, me doy trompazos, tiro vasos sentado a la mesa, me muestro torpe e incómodo. Soy como un niño muy pequeño al que su baja estatura provoca que, al dar sus primeros pasos, encuentre obstáculos en cuanto le rodea. Pero apenas he colocado un pie sobre el cable, todo resulta fácil, seguro y fluido: sólo está la izquierda y la derecha, el adelante y el atrás, y el equilibrio. En el suelo he sido muchas veces infeliz, allá arriba, jamás”. ■